

*Knockemstiff*  
Donald Ray Pollock

---

Prólogo de Kiko Amat  
Traducción de Javier Calvo

*Miradas* 

Título de la edición original: *Knockemstiff*

Primera edición en Libros del Silencio: febrero de 2011

© Donald Ray Pollock, 2008

© de la traducción, Javier Calvo, 2011

© del prólogo, Kiko Amat, 2011

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2011]

Provença, 225, entresuelo 3.<sup>a</sup>

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)

Diseño de colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño de portada y mapa iconográfico: David Cauquil [[davidcauquil.wordpress.com](http://davidcauquil.wordpress.com)]

Maquetación: David Anglès

ISBN: 978-84-938531-0-5

Depósito legal: B-3.180-2011

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Tiene que haber una vida mejor que ésta

Un prólogo a *Knockemstiff*

KIKO AMAT

## 1. ¡Bienvenidos!

Bienvenidos a Knockemstiff, Ohio. Lo de «bienvenidos» es un decir. Nadie ha sido jamás bienvenido aquí, y los que vinieron no piensan en otra cosa que en marcharse. Pero ustedes ya están aquí (sin duda, por culpa de un error a la hora de mirar el mapa de carreteras) y, ya puestos, habrá que sacarle el máximo partido a esto; a Knockemstiff, Ohio. Pero tengo que avisarles de algo: una vez aquí, nadie consigue salir. Esto es para siempre. Esto es un agujero negro. Un cepo en forma de pueblo de mierda en medio de la nada que les agarrará los tendones y los sujetará de una dentellada metálica y oxidada; y sólo desgarrándose su propia piel, sólo dejando su tejido muscular atrás, podrían algún día abandonarlo. Es lo que tiene Knockemstiff, ése es uno de sus atributos (es un decir): su calidad de trampa atrapamoscas, su superficie imantada a base de sucesivos desastres y decepciones que se adhiere a la suela de los zapatos de

uno y le impide dejar el pueblo, y todo lo que éste trae consigo, atrás.

Ustedes se preguntarán dónde está Knockemstiff, y la respuesta podría ser En Ninguna Parte, o En Todas, y aun otras podrían ser Qué Más Dará, o Menudo Agujero Ponzoso Es. Lo cierto es que Knockemstiff existe, y es muy posible que sea tan birria como se nos pinta aquí, pero aunque no lo fuera, y Knockemstiff fuese producto de la imaginación de Donald Ray Pollock, este pueblo de Ohio podría ser una representación fiel de todos los pueblos de su calaña que hay en Estados Unidos. Y también en Rusia, y en la meseta castellana, y en medio del Prepirineo catalán, y en cualquier parte donde existan el aislamiento, el analfabetismo, la desesperación, la vergüenza, la culpa, la violencia, el miedo, un clima arbitrario e impenitente, industrias altamente encenagantes y destroza-cosechas y un montón desmesurado de cápsulas de anfetamina y esteroides sin receta administrados a tutiplén.

*Knockemstiff*, a su vez, con la cursiva atada al cuello, es el libro de cuentos que ahora sostienen en sus heladas manos. El eje alrededor del cual éstos giran es el mencionado villorrio de Ohio del mismo nombre; un culo-de-mundo (ya lo hemos dicho) de la América más profunda al que nadie llega por casualidad, ni loco, y lejos de cualquier centro de actividad cultural, industrial, lúdica o económica. Como sucede en la vida real en los pueblos de piedra y hueso, no hay acto de ninguno de los habitantes de Knockemstiff que no haya pringado a sus vecinos de uno u otro modo, y en consecuencia los relatos están entrelazados y los personajes se repiten de un cuento

a otro, realizando cameos inquietantes, o reapareciendo años después (hechos una ruina), o en cuentos *precuela* (cuando aún no estaban hechos una ruina, pero todo apuntaba hacia ese final). Pero hablaremos de esto —de la coda, de la familiaridad que despierta en el lector la permanencia persistente de los habitantes de este zurullo-de-Dios— más adelante.

De momento digamos que *Knockemstiff*, el libro, habla de las cosas que pasan en un sitio donde no pasa nada pero donde todo el rato pasan cosas. Cosas tirando a malas, la verdad. Los personajes que lo pueblan, y que luego les describiré en detalle, son gente desesperada (de forma pasiva algunas veces, de forma activa otras), fracasada, hundida, sucia, estigmatizada por el Altísimo (son el perfecto opuesto de El Pueblo del Señor) y sin posibilidad alguna de redención.

Esto hace de *Knockemstiff*, sin duda, El Gran Libro sobre la *white trash* estadounidense: la basura de los *trailer parks*, la generación teleadicta, los culturistas atiborrados de esteroides (con corazones del tamaño de pollos) que sufren infartos y se cagan en los pantalones, las madres solteras y *chainsmokers*, los cheques gubernamentales por accidentes laborales y un montón auténticamente escandaloso de drogas (más sobre ellas más adelante) cuya ingesta busca desesperadamente un camino de evasión de la espantosa realidad. Casi nadie, y mucho menos Chuck Palahniuk, había logrado retratar al más extremo lumpen aldeano yanqui de un modo tan crudo, real, sincero, poco afectado y, a la vez —sin caer en la condescendencia—, *compasivo*. Pues, así como al mencionado Palahniuk se le suelen intuir los hilos, y casi lo imaginas apuntando en su libretita «he-

chos extraños» sobre gente que le importa un bledo para luego tratar de impresionarnos en las novelas, Pollock posee la fuerza Fante-Bukowskiana (o Selby-Algreniana) de LA VERDAD. Una verdad insular y silvestre y deteriorada a fuerza de intenso *inbreeding* (o sea, primos casándose con primas y gestando excepcionales bastardos de impureza casi total) que sólo grandes mártires de la literatura *working class* americana como Harry Crews —en sus insuperables *A Feast of Snakes* o *Car*— o los citados Hubert Selby o Nelson Algren habían logrado tocar. Una gran verdad, sí, aunque duela.

Porque, después de todo, ¿cómo no contar La Verdad? Knockemstiff es su pueblo natal, y sus habitantes son el tipo de gente que Pollock conoció. Aunque estén ficcionalizados, su germen es bien real. Y, pese a su demostrable y extensa lista de defectos y minusvalías emocionales —por no hablar de los actos delictivos o detestables en los que se involucran—, el autor los ama. En cierto modo. Como dijo Nelson Algren: «I like these people in my book». Pese a que fuesen adictos, víctimas de abusos o abusadores, medio retrasados, rústicos y cafres como ellos solos, demenciados tras años de copular únicamente con herbívoros, escoria escorada que se encamina palo a palo, cápsula a cápsula, violación a violación y cartón de vino a cartón de vino hacia su nada épico final. «Mucha gente tiene la impresión equivocada de que tocar fondo tiene algo de romántico o trágico», sentencia el propio autor en uno de los cuentos, y nunca nadie ha tenido tanta razón. Porque, aunque Walter Jackson cantara aquello de «It's an uphill climb to the bottom», quizás la mayoría de las veces no sea así, y la

caída (en lugarejos como Knockemstiff, Ohio) es algo hacia lo que te deslizas sin esfuerzo, un tobogán de ignominia y desastre alisado por una generación tras otra de culos pertenecientes a tetrapléjicos emocionales, lamentables *losers* patológicos y fuertemente armados y huérfanos a la deriva que parecen componer el grueso de sus habitantes. Y esa caída, la suya, es una caída sin aspavientos, como la de una burbuja que se va precipitando lentamente hacia la acera y que cuando explota lo hace con un inaudible y anticlimático *plop*.

## 2. Fatalidad y vergüenza

Hay varios temas importantes recurrentes en *Knockemstiff*, pero el más relevante es el de la fatalidad, el destino manifiesto de color gris-ciénaga, la inevitabilidad del desastre sordo y turbio. La gran mayoría de los cuentos del libro hablan de vidas destrozadas, sí, pero peor aún, de la incapacidad de estas vidas para efectuar un viraje hacia pastos más verdes. En cierto sentido, esto es el anti-Spanbauer y el anti-Jim Dodge. Porque aquí nadie es bueno, y los que lo son es porque son medio retrasados mentales. ¿Y aquellos que lo habían sido? Bien, la vida les ha hecho torcerse, así que dejaron de serlo y pasaron a engrosar la lista demográfica de Malos Sin Compasión. Y así, frase a frase, golpe a golpe, el autor incide en la obcecada negación de la redención y de la posibilidad de escape que comparten todos estos infortunados, tiñosos, diarreicos y anémicos palurdos con prótesis dentales de pésima calidad:

«Como éramos quienes éramos, ya sabía lo que íbamos a hacer». Y este hecho es, me temo, real como la vida misma en cochinos lugares como Knockemstiff. Esto es la *working class* más lumpen y lo que le sucede cuando le arrancas todo lo que vale la pena en la vida y tapias con cemento su única vía de escape.

Pero no, déjenme rephrasear lo que acabo de decirles: el problema no es que no exista ningún camino para salir de Knockemstiff. Es mucho peor: hay una minúscula rendija de esperanza, pero nadie es capaz de meterse por ella. Nadie la distingue, siquiera. Es la característica de Pueblo Como Trampa que les comentaba en el primer párrafo. La mayoría de los personajes de Knockemstiff (Bobby, Todd...; luego hablaré de ellos) fantasean con irse, pero —a la manera de los héroes griegos y los de todas las sagas épicas desde entonces— se encuentran encadenados a su destino. La diferencia estriba en que, siendo palurdos bizcos y sifilíticos y bobalicones como son, su destino no es luchar contra sirenas o gigantes de un solo ojo, sino contra accidentes laborales mutiladores, hígados quejumbrosos e hinchados como bebés, pegamentos químicos de sorprendente capacidad estupefactiva, padres con querencia por la extrema agravación física, madres maniatadas a la disciplina de televisor-con-botellón-y-donuts, y un largo y ciertamente nada glorioso etcétera. Y por ello *Knockemstiff* vuelve en cada una de sus historias al final del *Billy Liar* de Keith Waterhouse, a la razón por la que aquella dulce y agria novela inglesa —un libro que, por lo demás, no se parece *en nada* a éste— se tornaba de repente auténticamente amarga: la patente incapacidad de su protagonista para abandonar una vida que —de tener algo



él más de valor, o menos cicatrices en el alma, o menos lazos de sangre estrangulándole el futuro— el lector percibía como perfectamente evadible. Y ese lector, a la usanza de las abuelas antiguas cuando aparecieron los primeros largometrajes, se encuentra de repente chillándoles a los malhadados zopencos de esta obra: «¡Pero vete ya, gilipollas! ¿Qué te impide hacerlo, anormal?». Injustamente, me dirán ustedes; pero es que estas cosas exasperan, más aún cuando uno nació en un pueblo (no similar, *nunca* similar a éste) y no podía esperar a cumplir los dieciocho para largarse de allí cagando leches. Aunque fuese al servicio militar. Porque cualquier cosa, y quiero decir *cualquier cosa*, es mejor que quedarse en el pueblucho.

La moraleja subyacente en cada patético intento de abandonar el pueblo queda firmemente instaurada por el autor mediante dos tipos de cuentos. En el primero de dichos tipos, alguien trata de poner pies en polvorosa y la cosa sale espantosamente mal; como en «El destino del pelo», la historia de un *teenager* a quien su padre —un bruto ultraviolento de aquí te espero— pilla haciéndose una paja con la muñeca favorita de la hermana. El adolescente se ve obligado a huir de casa (después de que el padre, como primera medida pedagógica, le haya rasurado la melena *con un cuchillo de carnicero*) y, haciendo autoestop, lo recoge un camionero con pinta de cowboy venido a menos. En una novela de Tom Spanbauer, por poner un ejemplo, este camionero representaría algún tipo de antítesis del berzas *pater familias*, y su existencia (su bondad) indicaría que incluso en el más extremo y violento de los finales se entrevé la esperanzadora lucecita de Un Futuro Mejor.

Pero esto no es Spanbauer, ingenuos lectores, y Pollock no nos dejará escabullirnos del cepo ilegal tan fácilmente: el camionero del cuento resulta ser un gordo asqueroso con los pinreles putrefactos (al chico «casi le tiró de espaldas el olor a podrido que emanó de sus pies arrugados y morados y que llenó la sala diminuta. Le recordó al del cubo para el vómito que su madre ponía junto al sofá siempre que el viejo se iba de juerga») que le da a tragar unas cuantas anfetis. Y que luego, ya en su desven- cijada y repugnante cabañucha, sugiere que el chico se ponga una peluca rubia, que, cómo no, había pertenecido a la madre muerta del cowboy. Y nuestro protagonista se encasqueta la peluca encima del cuero cabelludo lleno de costras infectadas. Y lo otro ya se puede imaginar. Al lado de esto, Lars von Trier y Michael Haneke parecen Frank Capra y Walt Disney bai- lando una polca. En otro cuento, «Bactine», se hace hincapié en el mismo destino laberíntico de atrofia y cáncer: «Cuando iba por allí, siempre me encontraba con los cobradores de fac- turas y con las desventuras de mi pasado, mientras que cual- quier esperanza de un futuro que mereciera la pena vivir se ale- jaba dando vueltas y más vueltas».

El segundo tipo de historia es la que representa «Píldoras» (en mi opinión, uno de los cénits de la obra). Relata el no- periplo en el que encontramos a dos jóvenes, Frankie John- son y Bobby, tras haber robado 240 anfetis y en pleno gran plan Vámonos a California, Beibe. Por supuesto, nunca llegan allí, para empezar porque ni tan sólo consiguen abandonar la hondonada de Knockemstiff. Se pasan día tras día despiertos, perdiendo la razón, fundiéndose todo su cargamento de esti-

mulantes en sus propios apetitos, follando con tías retrasadas y circulando temerariamente en coche para terminar atropellando a un pollo (que luego Frankie se come medio crudo, el muy majara). En el último párrafo observamos atónitos cómo, contra todo pronóstico, Bobby sí abandona a su *pardner* y —con 50 cápsulas en el calcetín— empieza a andar hacia quién sabe dónde (¿California? Permítannos dudarlo). Y, aunque he tratado de pretender que «Píldoras» representa una modalidad de cuento, como si se tratase de algo común, lo cierto es que es el único que termina con un final vagamente esperanzador para, al menos, uno de los protagonistas (pues a Frankie Johnson volvemos a encontrarlo en cuentos posteriores, hecho una demente birria infrahumana): «De pronto supe que todas las cosas chungas y jodidas que me habían pasado en la vida ya no volverían a sucederme jamás. [...] Para cuando salió el sol por la mañana me pareció que toda la vergüenza y el miedo que había llevado siempre dentro acababan de arder como un montón de hojas muertas». El lector respira aliviado, si bien por un instante que resulta fugaz como un flash. Como un subidón de *popper*, e igualmente estéril y árido.

Y esto nos lleva a otro tema recurrente de la novela: la vergüenza, auténtico motor vital de la muy ilustre villa de Knockemstiff, Ohio. Pollock habla en cierto momento de un motel como de «uno de esos estercoleros donde siempre suceden cosas que nadie quiere admitir que han pasado», y la definición podría extenderse a este enrarecido municipio. La vergüenza puede venir por vía de la propia miseria, o por el lastre del pasado, o por la sicótica familia de uno, o por el desquiciante

presente en el que se encuentran los extraviados paseantes de los cuentos. Pero, vergüenza y asco, siempre. Por el hijo que no pelea como un hombre. Por el padre que vomita el hígado todas las noches en la puerta del bar de Hap. Por la mujer inmundada y de sempiterna chandalidad con la que nos casamos. Por el imbécil inerte y babeante al que llamamos «marido», y que nos embarazó —borrachísimo de whisky barato— a la segunda cita, en el roñoso asiento trasero de su sedán. Por la humillación a la que nos somete cada jornada el malnacido del capataz (que, además, resulta que se está beneficiando a la gorda aliento-de-prepucio de nuestra esposa). Por estar al lado del letrero del pueblo echando tragos a una botella de algo que serviría para desinfectar bodegas de navíos, habiendo olvidado (peor: sin siquiera haber pensado nunca) que algo mejor podía pasarnos; que, como cantaron Biff Bang Pow!, tiene que haber una vida mejor que ésta. Algo mejor. Y eso no debería ser difícil, porque, ya dijimos, *cualquier* cosa es mejor.

### 3. Fatalidad, parte 2

Antes de continuar, quiero hablarles del mejor cuento del libro. Desde que lo leí por primera vez hace un par de años no ha cesado de perseguirme y torturarme, así de gráfico y revelador y terrible y tierno es. Se llama «Bendecido», y es un ejemplo sublime de la incapacidad de todos estos desgraciados zotes para dar un vigoroso y drástico golpe de timón. Y no crean que los llamo «desgraciados» de forma altanera, o considerándome

superior a ellos de ningún modo, sino de la forma más literal posible: «Dícese del que padece alguna desgracia», vamos. Y en cuanto a lo de «zotes», me perdonarán: he efectuado una deducción puramente empírica, basándome en su productividad, ansia creativa, aspiraciones y gustos.

«Bendecido», volvamos a él, nos describe a un ex ladrón de poca monta que sufrió un accidente delictivo-laboral (cayose de un tejado cuando trataba de penetrar en casa ajena con la intención de hurtar) y, como resultado de la caída, perdió todo lo que poseía —su actividad hasta entonces había resultado hartamente rentable, proporcionándole una casa linda, un cochazo y más bibelots— y se tornó adicto a la oxicodona, un poderoso analgésico opioide. Dicho protagonista vive con su pareja, igualmente desidiosa y *white trash*, en un tráiler hecho trizas («en los días de calor, el hedor a excrementos de desconocidos flotaba en los cuartos angostos igual que la espesa niebla del fracaso»), y tiene un hijo llamado Marshall, de tres años, que no pronuncia palabra. Voy a ahorrarles las vicisitudes del día que nos lleva al sublime fragmento final (digamos sólo que uno de los resultados de las actividades de la jornada es que el protagonista se ha cagado encima en el coche), cuando nuestro anónimo chorizo despierta bañado en mierda del ensueño de la oxicodona, mira por la ventana del tráiler y ve a su mujer y a su hijo «acurrucados juntos en el sofá como dos pajarillos felices», y la boca de su hijo está moviéndose, formando palabras, cientos de palabras. «Por un momento me pareció estar presenciando una especie de milagro. Pero luego, allí plantado, empecé a percatarme de que Marshall había hablado siem-

pre, sólo que no en mi presencia.» Y de golpe cae en que *aquél* es el momento en el que debería irse de allí y darles la posibilidad de ser felices: «Me di cuenta de que me encontraba en medio de uno de esos momentos de la vida en que es posible hacer grandes cosas si estás dispuesto a tomar la decisión adecuada». Y, sin embargo, recuerda que todavía quedan unas cuantas pastillas en el botiquín, y al final decide entrar, y el tráiler vuelve a quedar en silencio, y el lector sabe que su *única* posibilidad tangible de redención personal acaba de irse al traste. Sólo un grandísimo escritor podría escribir algo así sin sonar en ningún momento crítico, o condescendiente, o paternalista, o cursi. Sólo alguien que ha andado entre hombres podría haber escrito esto con un ojo tan afilado para la conciencia y la ruina humana, para su constante inclinación a tomar el camino erróneo, el sendero del morrón oneroso. Y les diré una cosa más: los dos últimos párrafos de «Bendecido», por su profundidad, elocuencia, calidez y desesperación, porque hablan de una verdad mucho mayor que la que normalmente podría estrujarse en dos míseros párrafos, valen por la obra entera de muchos autores modernos más conocidos —y lucrados— que Donald Ray Pollock. A quien les habla le rompieron el corazón, y los leí mientras voluminosos goterones caían, como en los cristalinos estanques de Aigüestortes, por los surcos de mi cara. Se lo digo con completa candidez y les ruego que me crean. Nunca lograré sacarme esa imagen de la cabeza, y lo mismo probablemente les sucederá a todos ustedes.

#### 4. Ultraviolencia

Esa vergüenza de la que hablábamos en el punto 2, ese no-tener, ese encontrarse atrapados en un rizado mar de cochambre vital, se traduce en la práctica cotidiana en varias resoluciones, pero una de las más populares parece ser la violencia desquiciada, o simplemente rutinaria. *Knockemstiff* es un libro extremadamente violento, y lo es porque este tipo de pueblos suelen serlo. Es el ciclo de la vida, aunque de la forma menos parecida a como lo decían en aquella película merdosa que agrada a mi hijo mayor, *El rey león*. Aquí, el ciclo de la vida es uno de bofetadas rompejetas: padre pega a madre, madre pega a niño, niño pega a vecino *nerd* algo más indefenso y tardo que él, vecino ex *nerd* (ahora botarate sediento de sangre atizado por la rabia y la humillación) viola a huérfana minusválida que ignora las más primitivas concepciones de aseo vagino-personal, y huérfana a su vez le clava un palo en el ojo a vecino ex *nerd*, que crecerá (tras haber pasado una temporada entre rejas por haberle aplastado la cabeza a Huérfana «Aliento de polla» Smith con una losa) en forma de maniaco-suicida conductor loco adicto a las «bombas negras». Y me he inventado del todo esta serie, pero resume la esencia de lo que es la cadena generacional de *Knockemstiff*, Ohio; su estigma, vamos. Nadie es puro aquí, y todo el mundo esconde algo (o no; la mayoría de las veces sus desmanes pretéritos son de dominio público).

Dicha violencia está descrita aquí con la completa naturalidad de las descripciones ornitológicas de un observador de pájaros. Ni se riza el rizo, ni se intenta escandalizarnos a lo

Dennis Cooper con sensacionalismos o grandes aspavientos de documental zoológico (*Mirad los curiosos hábitos reproductivos de auténticos palurdos en su hábitat natural*). No: lo que hay es lo que hay, y lo que hay es una auténtica multitud de borricos con la cara medio desfigurada por los castañazos sobre ruedas; de mujeres que han padecido algún tipo de intervención violenta sobre sus perfiles o entrepiernas, las entrañas trinchadas tras sucesivos abortos ilegales, y de adolescentes que sufren noche tras noche la ira whiskosa (de garrafón) de sus desesperados padres. Esta gente hace lo que hacen los animales violentos cuando los encierras en jaulas demasiado angostas: abalanzarse, colmillos en ristre, contra la garganta del cohabitador. En busca de espacio, y espoleados por la estrechura y la sensación de aprisionamiento, pero también en busca de un culpable. Porque, puesto que no existe un Dios, y Knockemstiff es la prueba física de ello, alguien tiene que ser culpable de *esto*, ¿no?

Este puteo omnipresente, esta sensación de estar sufriendo la venganza personal de algún sádico Dios hitita, desemboca con asiduidad en la más ciega de las violencias. O, también en una numerosa cantidad de ocasiones, en sentimientos igualmente mezquinos (pero, por otra parte, *tan* humanos), como un racismo impenitente, casi natural, casi tradicional, casi que viene de familia, como los ojos azules o los pies planos. En otros casos, como en «El Hoyo de la Dinamita», el infortunio se transforma en locura y crimen sexual repugnante, que Pollock se resiste a pintar exento de belleza: «Yo nunca se la había medido a una persona de verdad, y cuando empecé a correrme me pareció que todo lo que había vivido hasta entonces dejaba de



tener importancia. Los años de penuria y de soledad salieron fluyendo de mí y se pusieron a burbujear dentro de aquella niña como un manantial que brotara de la ladera de una colina».

En otros casos, esa violencia del destino se traduce en una firme y completa aceptación de las cosas, como le sucede al resignado paleta que protagoniza la historia «Knockemstiff». Un simplón que parece intuir que soñar sólo puede traer malas noticias y aún más pena y decepción, y que termina abandonando toda esperanza, aferrándose con fuerza titánica a sus rutinas, a su vida sencilla y sin sobresaltos, a su empleo solitario. La rutina y el autoengaño son fuerzas históricamente poderosas, y pasar a deslizarse por esa pista de bobsleigh que es la apatía total del día-a-día y la brutal mentira del todo-va-bien ha salvado (o hundido) a muchos hombres. En Knockemstiff, Ohio, tirar la toalla es el deporte nacional, y si alguien tratara de realizar un solo acto de creatividad o de esfuerzo altruista sería tildado de «demente» por sus vecinos. Mejor tomar con resignación lo que nos ha sido dado y no hacer castillos en el aire. El batacazo sería letal, y la penalización, severa.

## **5. Anfetas, menú del día y fauna bípeda**

Así, como decíamos, el universo de todos estos mastuerzos muertos de hambre orejadumbescos, carnaza futura del cuerpo de marines (sección *cannon fodder*), gordas varicosas y mongolos deambulantes se rige, básicamente, por la fatalidad, el miedo, la violencia, la decepción y la resignación. Incapaces de marcharse,

no adiestrados para pensar en el futuro (esto sí es *No Future*, y no aquel divertimento de los chavalines de King's Road en 1976), los infortunados zombis de *Knockemstiff* sobrellevan como pueden sus vidas de extrema miseria e ignorancia. ¿Cómo lo hacen? Pues, mis queridos amigos, como lo han hecho históricamente los humanos desmembrados espiritualmente, generación tras generación: embotando su carótida con drogas potentes y filo-letales, yaciendo con cualquier objeto/persona que se encuentre a su alrededor en un estado de semimotricidad y bebiéndose incluso el Pato WC. Drogas inmundas/Sexo sórdido/Alcoholazo calcina-riñones, ésa es la Hécate de evasión de los conciudadanos de la muy valiente población de Knockemstiff, Ohio. Su tríada de desmadres. Y, aunque podría hablarles de muchos de ellos, déjenme que me centre en la anfetamina. Porque aquí todo el mundo va de speed, por razones obvias: es barato, puede conseguirse en farmacias, y le da a uno un cebo llón eufórico que puede durarle días y días de perpetuo amanecer. Y aunque ustedes podrían espetarme aquella célebre frase de Bill Hicks —«No sé si quiero estar tanto tiempo despierto en Tennessee»—, la cuestión es que la mitad de la población va tiesa de anfetamina, cosa que sin duda debe de contribuir al ambiente más bien electrizado de la villa. La tensión paranoica que produce su abuso, la abismal depresión del día después, la sensación de extremo desamparo que invade al consumidor cuando los efectos ¡yiiiija! desaparecen... Todo eso parecen cosas que uno no desearía sufrir en un sitio de por sí deprimente como Knockemstiff. Pero, en fin, es el precio que hay que pagar por la evasión con nocturnidad y alevosía.

Una razón añadida por la que las anfetamidas son tan aplastantemente populares («aquel verano el speed se había propagado como un virus por todo el sur de Ohio») es la amortización y la sensación de *Great Value* que proporcionan: ridículamente baratas, con ellas uno puede hincharse a beber sin temer lipotimias ni balbuceos inconvenientes: «A los palurdos les encantaban porque una cápsula de tres dólares te permitía beber cuatro veces más sin estamparte contra un poste telefónico de camino a casa». Y ésa, en último término, parece ser la verdadera causa de su ingesta multitudinaria: la multiplicación mágica de la resistencia alcohólica del propio cuerpo, de ahí los hígados y riñones en ese estado «soufflé de foie-gras» que parece patológico en el villorrio.

La cultura de las anfetamidas, como muchos otros referentes de esta novela, es una cosa a la vez puramente *redneck* americana (piensen en célebres adictos como Elvis o Johnny Cash, hijos ilustres del palurdismo) y universalmente *working class*. Cuando Pollock nos cuenta la manera en que Wanda, la tipa a la que roban Bobby y Frankie, consigue las anfetamidas, este su prologuista no pudo más que sonreírse invadido por el afecto y la nostalgia: «Tenía una panda entera de gordas a las que se dedicaba a llevar por las clínicas de adelgazamiento de todo el sur de Ohio». Oh, el encanto perenne de la antropología metodológica del contumaz *speed freak*: es hermoso ver cómo en otras partes del globo se conduce por el mismo lado de la vía. Señor Pollock, puedo asegurarle a usted que también los más desesperados borricos del extrarradio 80's catalán acertaron a ver una luz droguil en el binomio gordura-recetas del mundo

del pastillaje anoréxico. No le digo más. A buen entendedor, pocas palabras bastan. Y, además, me huelo que este tipo de confesiones (en un medio ambiente no narrativo como éste; es decir, sin seudónimos de ficción literaria) es punible por la ley.

Dejando de lado las anfetis, la dieta regular de algunos knockemstifferos se compone también de Bactine (una especie de Reflex; se toma aspirado, como la cola, y su *high* debe de ser igualmente excremental), mescalina, seconal (otro tranquilizante tumba-mamuts) y oxicodona, de la que ya hemos hablado anteriormente. Éstos se rebajan con grandes cantidades de Blue Ribbon, una cerveza barata (¿nuestra Finkbräu?, ¿nuestra cerveza Lidl?), o con whisky Old Grand-Dad, o, de hecho, con cualquier mejunje con capacidades aturdidoras sobre el que puedan poner sus sucias y encallecidas manos. Y en cuanto a comida-comida, ¿qué puedo decirles? Ningún chef de Ohio tiene las cuatro estrellas de Michelin, se lo aseguro, y la mayor parte de la población parece subsistir exclusivamente a base de «salchicha ahumada» (la célebre e inmunda *bologna sausage* americana, una especie de chóped que los *rednecks* aprecian por su precio ridículo, alto contenido en grasaza putrefacta e inconfundible sabor carbonífero).

Todo ello combinado provoca que los bestias que pueblan las páginas de este libro padezcan las enfermedades que padecen, tengan las dentaduras que tienen (bueno, por eso y por el desconocimiento absoluto de la higiene bucal) y acarreen cánceres de esa horripilante catadura. Y todo ello, en suma, ayuda a completar la esplendorosa cadena vivencial del proletariado lumpenoso que pasea, renqueante, por este libro: mala herencia

genética + descabellada ingesta de espirituosos y estimulantes potencialmente mortíferos + escasa digestión de nutrientes naturales + ambiente inhóspito y/o contaminado + asistencia médica deficiente + cultura inexistente + orgullo aniquilado + violencia generalizada = ciudadanos ejemplares como los de Knockemstiff, Ohio. Una cuadrilla funesta a más no poder. Y la sociedad, no dejen que nadie les convenza de lo contrario, es la culpable (en la mayoría de los casos).

En cuanto a la fauna bípeda, ya se la he ido describiendo, así que imagino que pueden visualizarla perfectamente: escasez absoluta de científicos, médicos, músicos, artesanos o —válgame la macarena— literatos, y apabullante mayoría de camellos, palurdos, alcohólicos, *jocks* dementes, culturistas enloquecidos por el hambre y la proteína, minusválidos, delincuentes multimodales, viejas locas sin ducha ni cabello, violadores aceptados socialmente (envalentonados, incluso, por sus vecinos), adictos a cosas mil, excombatientes de Vietnam medio majaras, niños maltratados, padres violentos y madres de vida televisionadora, casi inexistente. Un plantel excepcional, lo mejor de cada casa.

A todos estos desventurados parece que los conozcamos de siempre, que fueran nuestros vecinos, no sólo por las espléndidas dotes narrativas y empáticas y de bagaje de Pollock, sino también gracias a la coda de la que les hablaba antes. Sí, los personajes de *Knockemstiff* están interrelacionados, tal y como sucedería en un pueblo real, y, aunque no puede decirse que el libro siga un orden narrativo que permita considerarlo una novela, su presencia en las historias de otros hace que sea más fácil para el lector entender y acercarse a los sentimientos em-

botados de este ejército de lisiados emocionales. Los cameos o apariciones de personajes de *Knockemstiff* en cuentos ajenos nos dan pistas sobre su futuro, o sobre las causas que incitaron este o aquel desastre, el «punto donde empezaron» (que diría William Golding). Les pongo un ejemplo: Frankie Johnson, uno de los dos *starrings* de «Píldoras» (es el pillado anfetoso que se come el pollo crudo), reaparece en «El puente de Schott» convertido en un malasombra alcohólico y drogadicto y bueno-para-nada desfigurado facialmente por una larga cicatriz de accidente automovilístico. Y encontrarlo de repente allí, años después, hecho cisco en otro cuento, despierta en el lector una familiaridad y una cercanía muy particulares que hubiesen sido imposibles de conseguir sin cuentos interconectados por sus pobladores. Y no es como encontrarse a un viejo amigo, porque «Frankie conocía a mucha gente, la mayoría chusma», pero sí debe de ser parecido a identificar la cara de un atracador en el libro de sospechosos de una comisaría —Oh, está aquí. El hijoputa. Es éste— y enfrentarse a su historial delictivo, a todas las perrerías que continuó realizando con completa impunidad después de dejarnos medio ciegos de un taburetazo en aquel *strip bar*.

Estas historias, estas maravillosas y terribles historias, se distribuyen por un universo temporal que va desde el final de la segunda guerra mundial hasta el día de hoy. Y ello contribuye a cimentar la sensación de que en «la hondonada» nada cambia, y que los perdedores de ayer son los perdedores de mañana. Nada cambia. Sólo, quizás, el tipo de droga y los programas televisivos.

## 6. ¿Y qué pasa con Pollock?

Lo que pasa, ya se lo dije: que es uno de los mejores escritores que han salido de Estados Unidos en los últimos cincuenta años. Lo comparé sin miedo a Harry Crews (uno de mis autores favoritos), y volvería a hacerlo sin temor, aunque me partan las rótulas en un callejón. No lograrán silenciarme. El trabajo de Pollock, auténtico *working class hero* (trabajó toda su vida en una fábrica de papel) y novelista tardío (publicó por primera vez a los cincuenta, récord total que casi se mofa del viejo Chinaski), suena también, por su realismo, fino oído para el habla de la gente y honestidad de intención, a los doblemente mencionados Algren y Selby. Y si me preguntan, a modo de colofón, a qué suena Pollock, qué suena en mi cabeza cuando le leo con los puños cerrados y los dientes a punto de partirse en cien pedazos y los ojos llameantes de tristeza empática, les diré que suenan cantautores obreros apesadumbrados y casi novelescos (y narrativamente violentos) como Damien Jurado (que es de Seattle, pero ha cantado sobre *Ohio*), o rockers de pueblo atinados en su fabricación de pequeñas viñetas de vida lumpen (Drive-by Truckers), o baladistas desolados de los Grandes Espacios (como Kozelek y sus Red House Painters, o los American Music Club de Mark Eitzel). O cosas para tirarse por la ventana sin siquiera haber legado antes todas tus propiedades, como Low. O artistas country de vida dañada y pésimo porvenir, como Townes Van Zandt.

Pero no me engaño. Porque sé que lo que suena de veras en las páginas de *Knockemstiff* es Billy Ray Cyrus. O, en el me-

jor de los casos, Lynyrd Skynyrd (Dios, ¿he dicho «mejor»?).

Que es lo que —vamos a ser sinceros— realmente hace juego con la salchicha ahumada, la diarrea crónica, el güisqui Old Grand-Dad, los tráilers semiderrumbados, los tipos con metal en el cráneo y cerebro incompleto (la otra mitad está en la curva del puente de Schott), los pulmones artificiales, las «bombas negras», los puñetazos en la puta cara, las madres borrachas, las dentaduras podridas y el pasar la noche ido, mirando al cielo, incapaz de imaginar otros sitios que no sean esto. Y *esto*, lamentando decirles, es la verdadera vida lumpen americana del siglo XXI, que sólo un perfecto imbécil podría intentar romantizar. Porque es irromantizable, irredimible, sin el menor atributo hermoso, y lo único que se puede hacer con este material de serie es lanzarlo a la basura y salir zumbando de allí. Y lo que digo es duro, pero no tanto como estar atrapado allí, ni tanto como estos cuentos. Su belleza, insisto, es tan magnífica como poco épica. «Mucha gente tiene la impresión equivocada de que tocar fondo tiene algo de romántico o trágico», ¿recuerdan? No, ésta es La Verdad, y va a dolerles, se lo aseguro. Pero merece la pena, pues *Knockemstiff* es uno de los mejores libros que leerán jamás, y todas las grandes cosas, las grandes redenciones, vienen después de un costalazo; y éste es uno de los más dañinos que recibirán (narrativamente) en toda su vida. Palabra.

Kiko Amat  
*Diciembre de 2010*



## PRÓLOGO

P. S.: Lo olvidaba. Una razón añadida por la cual estos cuentos se leen como se leen es porque en su traducción ha trabajado Javier Calvo, entre otras cosas el mejor traductor de inglés callejero y crudo de nuestros días. De haberle sido encargada la obra a otro, seguramente habríamos topado con una de esas novelas originalmente duras que en su edición española se transforman mágicamente en bobadas llenas de tipos que dicen «canastos» y «jodida grifa», con todas las referencias a la cultura popular transmitidas equivocadamente y con una prosa anquilosada que nunca estuvo en el manuscrito inglés. Gracias a Calvo, nos hemos librado de la infausta experiencia que es leer una traducción espantosa. Y eso siempre es algo que celebrar.

*A Patsy*

Todos los americanos proceden de Ohio  
originariamente, ni que sea brevemente.

DAWN POWELL

## La vida real

Mi padre me enseñó a hacer daño a la gente una noche de agosto en el autocine Torch cuando yo tenía siete años. Era lo único que se le dio bien alguna vez. Fue hace muchos años, cuando la experiencia de ver películas al aire libre todavía era de lo más popular en el sur de Ohio. Ponían *Godzilla*, junto con una peli cutre de platillos volantes que demostraba que los moldes de tartas podían conquistar el mundo.

Aquella noche hacía un calor que se caían los pájaros, y para cuando empezó la peli en la enorme pantalla de madera contrachapada, el viejo ya estaba de un humor de perros. No paraba de despotricar contra el calor y de secarse el sudor de la frente con una bolsa de papel marrón. Hacía dos meses que no llovía en el condado de Ross. Todas las mañanas mi madre sintonizaba la KB98 en la radio de la cocina y escuchaba cómo la señorita Sally Flowers le pedía a Dios que hubiera tormenta. Luego salía y se quedaba mirando aquel cielo blanco y vacío que pendía como una sábana sobre la hondonada. A veces todavía la recuerdo allí de pie, en medio de aquella hierba reseca

y marrón, estirando el cuello con la esperanza de ver ni que fuera una triste nube oscura.

—Eh, Vernon, mira esto —dijo mi madre aquella noche.

Desde que habíamos aparcado, había estado intentando demostrarle al viejo que era capaz de meterse un perrito caliente en la boca sin estropearse el reluciente pintalabios. Hay que tener en cuenta que mi madre llevaba todo el verano sin salir de Knockemstiff. El mero hecho de ver un par de luces rojas ya la tenía toda alborotada. Pero cada vez que se atragantaba con la salchicha, a mi viejo se le retorcían un poco más aquellos músculos como sogas que tenía en el pescuezo, y daba la impresión de que la cabeza le iba a salir disparada en cualquier momento. Mi hermana mayor, Jeannette, había sido lista y se había pasado todo el día fingiéndose enferma, y así era como los había convencido para que la dejaran quedarse en casa de una vecina. De manera que allí estaba yo, atrapado a solas en el asiento trasero, mordiéndome la piel de los dedos y confiando en que mamá no cabreara demasiado al viejo antes de que Godzilla destrozara Tokio a pisotones.

Pero la verdad es que ya era demasiado tarde. Mamá se había olvidado de llevar la taza especial del viejo, de modo que por lo que a él respectaba todo era una puta mierda. Ni siquiera Popeye le arrancó una risita, así que mucho menos se iba a emocionar porque su mujer hiciera trucos con una salchicha Oscar Mayer arrugada. Además, mi viejo odiaba las películas. «Son un montón de trolas de mierda —decía siempre que alguien mencionaba que había visto la última película de John Wayne o de Robert Mitchum—. ¿Qué coño tiene de malo la

vida real?» Para empezar, si había aceptado ir al autocine era sólo por el escándalo que le había montado mi madre la noche antes, cuando apareció en casa con un coche nuevo, un Impala de 1965.

Era el tercer coche que se compraba en lo que iba de año. Nos alimentábamos a base de sopa de alubias y pan frito, pero íbamos en coche por Knockemstiff como ricos. Aquella misma mañana había oído a mi madre coger el teléfono y ponerse a rajar con su hermana, la que vivía en el pueblo.

—Está loco, el hijoputa, Margie —le dijo—. El mes pasado no pudimos ni pagar la factura de la luz.

Yo estaba sentado delante de la tele muerta, mirando cómo le goteaba sangre aguada por sus pálidas pantorrillas. Se las había intentado afeitar con la navaja del viejo, pero tenía las piernas como barras de mantequilla. Una mosca negra no paraba de zumbear alrededor de sus tobillos huesudos y de esquivar sus palmadas cabreadas.

—Lo digo en serio, Margie —dijo por el auricular negro—, si no fuera por los críos me largaría de esta hondonada de mala muerte sin pensarlo.

Nada más empezar *Godzilla*, mi viejo sacó el cenicero del salpicadero y lo llenó de whisky de su botella.

—Por el amor de Dios, Vernon —dijo mi madre. Se había quedado con el perrito caliente en alto, a punto de metérselo otra vez en la boca.

—Eh, ya te he dicho que no pienso beber de la botella. Empiezas con esa mierda y acabas como un puto borracho de la calle.

Dio un trago del cenicero, tuvo una arcada y escupió una colilla empapada por la ventanilla. Llevaba privando desde el mediodía, haciendo alarde de su nuevo buga delante de sus colegas de juerga. El coche ya tenía una abolladura en uno de los paneles laterales.

Después de dar un par de sorbos más del cenicero, el viejo abrió la puerta de golpe y sacó sus flacas piernas. Se le escapó un chorro de vómito que le empapó de Old Grand-Dad los bajos de los pantalones azules de trabajo. La camioneta que teníamos al lado arrancó y se colocó en otro sitio de la hilera de coches. El viejo se pasó un par de minutos con la cabeza colgando entre las piernas, pero al fin se incorporó y se limpió la barbilla con el dorso de la mano.

—Bobby —me dijo—, como tu pobre padre se coma uno más de esos buñuelos de patata grasientos de tu madre, lo van a tener que enterrar.

Con lo que comía mi viejo no sobreviviría ni una rata, pero cada vez que vomitaba el whisky le echaba la culpa a la comida que le hacía mamá.

Ésta se rindió, envolvió el perrito caliente en una servilleta y me lo devolvió.

—Vernon, acuérdate de que nos tienes que llevar en coche a casa —lo avisó.

—Carajo —dijo él, encendiendo un cigarrillo—, pero si este coche se conduce solo.

Luego vació el cenicero y se acabó lo que le quedaba de bebida. Estuvo unos minutos mirando la pantalla y se fue hundiendo lentamente en la tapicería acolchada como si fuera un

sol poniente. Mi madre estiró el brazo y bajó un poco el volumen del altavoz que colgaba de la ventanilla. Nuestra única esperanza era que el viejo se quedara dormido antes de que la noche entera se fuera al garete. Pero en cuanto Raymond Burr aterrizó en el aeropuerto de Tokio, se incorporó de golpe en su asiento y se volvió para fulminarme con su mirada inyectada en sangre.

—Me cago en la puta, chaval. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te muerdas las uñas? Haces más ruido que un puto ratón royendo un saco de maíz.

—Déjalo en paz, Vernon —intervino mi madre—. Además, no se las muerde.

—Joder, ¿y qué diferencia hay? —dijo, rascándose la barba del cuello—. Vete a saber dónde ha metido esas zarpas de pajillero.

Yo me saqué los dedos de la boca y me senté encima de las manos. Era la única forma que tenía de mantenerlas apartadas cuando estaba con mi padre. El viejo llevaba todo el verano amenazándome con rebozarme de mierda de pollo hasta los codos para quitarme el hábito. Ahora se echó más whisky en el cenicero y se lo tragó con un escalofrío. Justo cuando estaba desplazándome sigilosamente por el asiento para sentarme detrás de mi madre, la luz del techo se encendió.

—Venga, Bobby —dijo—. Tenemos que echar una meada.

—Pero si acaba de empezar la película, Vernon —protestó mamá—. Lleva todo el verano esperando para verla.

—Eh, ya sabes cómo es —dijo el viejo lo bastante alto como para que lo oyera la gente de la hilera de al lado—. Cuan-



do vea ese rollo del Godzilla, no quiero que se me mee en los asientos nuevos.

Se deslizó fuera del coche, se apoyó en el poste metálico de los altavoces y se remetiÓ la camiseta en los anchos pantalones.

Yo salí a regañadientes y seguí a mi viejo mientras él cruzaba el solar de grava haciendo eses. Unas adolescentes con minishorts pasaron pavoneándose a nuestro lado, con las piernas iluminadas por la luz resplandeciente de la pantalla. Cuando se detuvo a mirarlas, choqué contra sus piernas y me caí a sus pies.

—Me cago en la puta, chaval —me dijo, levantándose de un tirón del brazo como si yo fuera una muñeca de trapo—. A ver si miras por dónde vas. Cada día te pareces más a tu puñetera madre.

El edificio de bloques de hormigón que había en medio del solar del autocine estaba abarrotado de gente. El proyector, que traqueteaba con estruendo, estaba en la parte de delante, el tenderete de refrescos en el medio y los retretes en la parte de atrás. El olor a meados y a palomitas flotaba en el aire caluroso y estancado como si fuera insecticida. En los lavabos había una hilera de hombres y chavales con las pollas colgando a lo largo de una artesa de metal verde. Todos estaban mirando al frente, con la vista clavada en una pared pintada de color barro. Otros esperaban en fila tras ellos sobre el suelo mojado y pegajoso, meciéndose sobre las puntas de sus zapatos y esperando su turno con impaciencia. Un gordo con peto y un sombrero de paja raído salió de un cubículo de madera dando tumbos y masticando una chocolatina Zero, y el viejo aprovechó para empujarme adentro y cerrar de un portazo detrás de mí.

Yo tiré de la cadena y me quedé un rato allí conteniendo la respiración, fingiendo que meaba. Del exterior me llegaban fragmentos de diálogo de la película, y yo trataba de imaginarme las partes que me estaba perdiendo cuando el viejo empezó a aporrear la puerta endeble.

—Joder, chaval, ¿por qué tardas tanto? —gritó—. ¿Te la estás cascando o qué? —Volvió a aporrear la puerta y oí que alguien se reía. Luego dijo—: Te lo juro, estos putos chavales te vuelven loco.

Me subí la cremallera y salí del cubículo. El viejo le estaba dando un pitillo a un tipo gordo con el pelo negro y grasiento repeinado con serrín. Una mancha color púrpura con forma de porción de tarta le cubría los faldones de su sucia camisa.

—Te lo juro por Dios, Cappy —le estaba diciendo mi padre al hombre—, este chaval le tiene miedo a su puñetera sombra. Un puto gusano tiene más pelotas que él.

—No, si yo te entiendo —dijo Cappy. Le arrancó el filtro al cigarrillo de un mordisco y lo escupió en el suelo de cemento—. Mi hermana tiene uno igual. El pobre desgraciado no es capaz ni de poner la mosca en el anzuelo.

—Bobby tendría que haber salido niña —soltó el viejo—. Joder, cuando yo tenía su edad, ya estaba cortando leña para la cocina.

Cappy se sacó una cerilla larga de madera del bolsillo de la camisa, encendió el cigarrillo y dijo con un encogimiento de hombros:

—Bueno, aquéllos eran otros tiempos, Vern. —Luego se metió la cerilla por la oreja y se hurgó la cabeza entera.

—Lo sé, lo sé —continuó el viejo—, pero aun así, uno se pregunta adónde coño va este país.

De pronto un hombre con gafas de montura negra se salió de su sitio en la fila de los urinarios y le dio unos golpecitos en el hombro a mi padre. Era el cabrón más grande que había visto en mi vida; tenía un cabezón enorme que prácticamente tocaba el techo y unos brazos del tamaño de postes. Detrás de él había un chaval de mi altura, vestido con un bañador de colores vivos y una camiseta con una foto descolorida de Davy Crockett en la pechera. Llevaba el pelo al rape recién engominado y la barbilla manchada de gaseosa de naranja. Cada vez que respiraba, emergía de su boca un globo de chicle Bazooka que parecía una flor redonda de color rosa. Tenía pinta de ser feliz y yo lo odié al instante.

—Cuidado con las palabrotas —advirtió el hombre. Su vozarrón retumbó por la sala y todo el mundo se volvió para mirarnos.

Mi viejo se giró de golpe y se dio con la nariz en el pecho del hombretón. Salió rebotado hacia atrás y levantó la vista hacia el gigante que se erguía por encima de él.

—Joder —dijo.

La cara sudorosa del hombre se empezó a poner roja.

—¿Es que no me has entendido? —le dijo a mi padre—. Te he pedido que no sueltes palabrotas. No quiero que mi hijo oiga ese vocabulario. —Y luego dijo muy despacio, como si estuviera hablando con un retrasado—: No... te lo voy... a pedir... otra vez.

—No me lo has pedido ni una puta vez —le soltó mi padre.

Mi viejo tenía el cuerpo duro como una roca, pero en aquella época estaba hecho un fideo, y nunca sabía callarse a tiempo. Se quedó mirando a la multitud que se empezaba a congregarse, después se volvió hacia Cappy y le guiñó un ojo.

—Ah, ¿te parece gracioso? —dijo el hombre. Cerró las manos para formar unos puños del tamaño de pelotas de softball y dio un paso hacia mi padre.

Alguien al fondo de la sala dijo:

—Dale una paliza.

Mi padre retrocedió dos pasos, dejó caer el cigarrillo y levantó las palmas de las manos.

—Quieto parado, colega. Carajo, no iba con mala intención. —Luego bajó la vista y se quedó mirando los zapatos negros del grandullón durante unos segundos. Yo vi que se estaba mordiendo el interior de las mejillas. No paraba de abrir y cerrar las manos como si fueran las pinzas de una cigala—. Eh —dijo por fin—, esta noche no queremos problemas por aquí.

El grandullón echó un vistazo a la gente. Estaban todos esperando a ver qué hacía a continuación. Se le empezaron a resbalar las gafas por la ancha nariz y se las volvió a subir. Respiró hondo, tragó saliva aparatosamente y le clavó un dedazo a mi padre en el pecho huesudo.

—Escucha, lo digo en serio —dijo, escupiendo gotitas de saliva—. Aquí vienen muchas familias. No me importa que seas un puñetero borracho. ¿Me entiendes?

Yo miré furtivamente al hijo del tipo y él me sacó la lengua.

—Sí, lo entiendo —oí que mi padre decía en voz baja.

Una sonrisa petulante se dibujó en la cara de aquel cabronazo de gigante. Hinchó el pecho como si fuera un pavo real y se le tensaron los botones de la camisa blanca y limpia. Echó una mirada a la panda de hombres que confiaban en ver una pelea, soltó un profundo suspiro y encogió sus anchos hombros.

—Me temo que esto es todo, muchachos —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

A continuación, con la mano apoyada suavemente sobre la cabeza de su hijo, empezó a darse la vuelta.

Yo miré nerviosamente cómo la multitud, decepcionada, negaba con la cabeza y comenzaba a alejarse. Recuerdo haber deseado poder largarme a hurtadillas con ellos. Supuse que mi viejo me iba a culpar a mí de lo mal que había ido aquello. Pero en el mismo momento en que el rugido de Godzilla, chirriante como el gozne de una puerta, arrancaba ecos de los lavabos, mi padre se abalanzó hacia el grandullón y le arreó un puñetazo en toda la sien. La gente nunca me cree, pero una vez vi a mi viejo tumbar a un caballo con aquella misma mano. Un crujido espantoso reverberó por la sala de cemento. El hombre se tambaleó y de pronto a su cuerpo se le escapó todo el aire, como si se estuviera tirando un pedo. Agitó las manos frenéticamente en el aire, igual que si intentara agarrar una cuerda de salvamento, y por fin se desplomó en el suelo con un ruido sordo.

La sala se quedó un momento en silencio, pero en cuanto el hijo del tipo se puso a chillar, mi padre estalló. Rodeó al hombre, atizándole patadas en las costillas con sus botas de trabajo,

y le pisoteó la mano izquierda hasta que la alianza de oro le cortó la carne y se le vio el hueso del dedo. Se puso de rodillas, le quitó las gafas, se las partió por la mitad y le pegó en la cara con tanta fuerza que un diente le atravesó la mejilla carnosa. Por fin Cappy y otros tres hombres agarraron a mi padre por detrás y se lo llevaron a rastras. Tenía los puños cubiertos de sangre reluciente. De la barbilla le colgaba un fino hilo de espuma blanca. Oí que alguien gritaba que llamaran a la policía. Sin soltar a mi padre, Cappy dijo:

—Joder, Vern, ese hombre está malherido.

Justo cuando yo estaba levantando la vista del cuerpo tirado en el suelo para mirar a los ojos desquiciados de mi padre, el hijo del tipo se volvió y me arreó en toda la oreja. Yo me cubrí la cabeza con los brazos y me agaché mientras el chico se ponía a darme tortazos.

—¡Maldito seas! —oí que mi padre gritaba con voz ronca—. ¡Como no plantes cara, te arreo una tunda!

Los perritos calientes que me había comido me subieron por la garganta y me los volví a tragar. Yo no quería pelear, pero el chico no era nada comparado con mi viejo. Justo cuando me levanté para mirarlo me pegó un puñetazo en la boca. Me eché hacia atrás y di un manotazo a ciegas. De alguna manera conseguí acertarle en la cara. Oí que mi padre volvía a gritar y seguí dando porrazos. Al cabo de tres o cuatro puñetazos el chaval bajó las manos y se echó a lloriquear, atragantándose con el chicle. Dirigí una mirada a mi viejo y él me gritó:

—¡Rómpele la cara!

Yo volví a pegar al chico, y de la nariz le salió un chorro de sangre de color rojo brillante.

Zafándose de los hombres que lo sujetaban, mi padre me cogió del brazo y me sacó por la puerta. Cruzó corriendo el aparcamiento, llevándome a rastras y buscando el coche en la oscuridad. De pronto se detuvo y se arrodilló ante mí. Estaba intentando respirar.

—Lo has hecho bien, Bobby —dijo, secándose el sudor de los ojos. Me agarró de los hombros y me los estrujó—. Lo has hecho muy bien.

Cuando encontramos el coche, mi padre me empujó al asiento trasero y levantó el altavoz de la ventanilla. Lo dejó caer al suelo con un estruendo, se abalanzó hacia el interior y puso la llave en el contacto. Mi madre se despertó de golpe.

—¿Ya se ha acabado? —preguntó con voz soñolienta.

Por el sistema de megafonía se oyó una voz crepitante suplicando que, si había algún médico o enfermera, se presentara de inmediato en el tenderete de refrescos.

—Dios, ¿qué ha pasado? —dijo mamá, irguiéndose en el asiento y frotándose la cara.

—Un gordo hijoputa ha intentado decirnos cómo tenemos que hablar, eso es lo que ha pasado —respondió el viejo—. Pero les hemos dado una buena, ¿eh, Bobby? —Arrancó el motor. Los dos levantamos la vista hacia la pantalla justo cuando Godzilla estaba mordiendo una torre de alta tensión—. Hostia puta, chaval, ese bicho tiene unos dientes así de largos —se rió mi viejo, extendiendo los dos brazos. Luego se inclinó y le dijo a mi madre en voz baja—: Esta vez van a

avisar a las autoridades. —Estiró el brazo y puso el Chevy en marcha.

Pisando a fondo el acelerador, el viejo bajó el coche del montículo donde habíamos aparcado y salió coleando por entre los demás vehículos. La grava suelta los salpicó. Un viejo y una mujer se chocaron mientras intentaban apartarse de nuestro camino. Empezaron a sonar bocinas y a encenderse faros. Nos largamos a toda pastilla por la salida y llegamos patinando a la carretera, donde pusimos rumbo al oeste en dirección a casa. Una ambulancia pasó a toda velocidad a nuestro lado, con la sirena aullando. Yo miré atrás, hacia el cine, en el preciso momento en que la pantalla parpadeaba y se apagaba.

—Agnes, tendrías que haberlo visto —dijo mi viejo, aporreando el volante con la mano ensangrentada—. Le ha arreado una buena tunda a ese chaval. —Agarró la botella de debajo del asiento, la destapó y dio un trago largo—. ¡Ésta es la mejor noche de mi puta vida! —gritó por la ventanilla.

—¿Has metido a Bobby en una pelea?

—Pues claro, faltaría más, joder —replicó mi viejo.

Mi madre se inclinó por encima del asiento delantero, me palpó la cabeza con las manos y echó un vistazo a mi cara en la oscuridad.

—Bobby, ¿estás herido? —me preguntó.

—Tengo sangre.

—Dios mío, Vernon —dijo ella—. ¿Qué has hecho esta vez, cabrón de mierda?

Alcé la mirada justo cuando él le arreaba un golpe con el antebrazo. La cabeza de mi madre rebotó contra la ventanilla.



—¡Hijo de puta! —gritó ella, cubriéndose la cabeza con las manos.

—No lo trates como a un bebé. Y tampoco me llames «cabrón».

Yo pegué un salto y me senté detrás de mi padre mientras volvíamos a casa a toda pastilla. Cada vez que se cruzaba con un coche, daba otro trago de la botella. El viento entraba a ráfagas por su ventanilla abierta y me secaba el sudor. El Impala daba la impresión de estar flotando por encima de la carretera. «Lo has hecho bien», me repetía a mí mismo una y otra vez. Fue la única maldita cosa que me dijo el viejo en toda mi vida que no traté de olvidar.

Más tarde me despertó el ruido de una tormenta que se avecinaba. Yo estaba tumbado en la cama, todavía vestido. A través de la ventana vi relámpagos por encima de las Mitchell Flats. Un inmenso retumbar de truenos avanzaba por la hondonada, seguido de cerca por un aullido agudo y espantoso; pensé en Godzilla y en la película que me había perdido. Solamente cuando los truenos se alejaron me di cuenta de que aquel aullido era el ruido que hacía mi viejo al vomitar en el cuarto de baño.

Se abrió la puerta de mi dormitorio y mi madre entró con una vela encendida en las manos.

—¿Bobby? —dijo.

Yo fingí que estaba dormido. Ella se inclinó sobre mí y me acarició la mejilla dolorida con su suave mano. Luego levantó

el brazo y me cerró la ventana. A la luz de la vela, le eché un vistazo furtivo al moratón que se le extendía por la cara como una mancha de mermelada de uva.

Salió de puntillas de la habitación, dejando la puerta entreabierta, y se alejó por el pasillo.

—Ten —oí que le decía a mi padre—, ¿verdad que alivia?

—Creo que me lo he roto —dijo éste—. El cabrón ese tenía la cabeza dura como una piedra.

—No deberías beber, Vernon.

—¿Está dormido?

—Está agotado.

—Me apuesto un sueldo a que le ha roto la nariz a ese chaval, por cómo sangraba —dijo mi padre.

—Tendríamos que irnos a la cama.

—No me lo podía creer, Agnes. Ese puto chaval era el doble de grande que Bobby, lo juro por Dios.

—No es más que un niño, Vernon.

Pasaron despacio por delante de mi puerta, apoyados el uno en el otro, y entraron en su dormitorio. Oí que mi madre decía «Ni hablar», pero al cabo de unos minutos la cama comenzó a chirriar como una sierra oxidada. Fuera, la tormenta por fin se desató y unos goterones enormes empezaron a aporrear el tejado de hojalata de la casa. Oí que mi madre gemía y que mi padre llamaba a Dios. Un relámpago trazó un arco en el cielo negro y unas sombras largas se pusieron a danzar por las paredes de yeso desnudo de mi habitación. Me tapé la cabeza con la fina sábana y me metí los dedos en la boca. Un sabor dulce y salado me hizo escocer el labio partido y se

esparció por mi lengua. Era la sangre del otro chico, que yo todavía tenía en las manos.

Mientras la cama de mis padres aporreaba con fuerza el suelo de la habitación contigua, yo me lamí la sangre de los nudillos. Los grumos secos se me disolvieron en la boca y convirtieron mi saliva en sirope. Aun después de tragarme toda aquella sangre, me seguí lamiendo las manos. Quería más. Ya siempre querría más.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS  
EN EL MES DE FEBRERO DE 2011

S

*La vida es bella. De verdad que lo es. Llena de belleza y de ilusiones.  
La vida es genial. Si no fuera por ella, estarías muerto.*

*Gummo*, HARMONY KORINE

[www.librosdelsilencio.com](http://www.librosdelsilencio.com)